

# LA PRENSA.

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

Viernes 25 de Setiembre de 1874.

Año IV.—Núm. 1052.

MADRID.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Pez 6, principal, izquierda.

En Madrid: Un mes, 8 rs.; en provincias, trimestre, 27, haciendo la suscripción directamente anticipando el pago de un año 100 rs.: por correspondencia el 10 por 100 de aumento. Ultramar y extranjero: 240 rs. año. Esta Empresa no gira a cargo de los suscritores.

Los corresponsales de la Biblioteca selecta de autores españoles, lo son también de este periódico. La suscripción por su condicte cuesta el diez por ciento más, que perciben los comisionados. Anuncios y comunicaciones a precios convencionales.

## ADVERTENCIA.

**Repetimos que esta empresa no gira a cargo de los suscritores: los de provincias, ultramar y extranjero deben remitirnos lo que adeuden por persona de confianza, libranzas del giro mútuo, letras ó sellos de cualquier clase, excepto los de guerra y recibos.**

**Volvemos á dirigir circulares á los que han olvidado el pago de la suscripción, esperando que se apresurarán á hacerla efectiva, aun cuando por el mal servicio de correos no recibían todos la circular.**

## SECCION INDUSTRIAL.

Conservación de los hierros, procedimientos usados. — Nuevo invento. Flores de estaño, nueva fabricación de lápices. — Nuevo papel esmerilado, grande éxito obtenido.

La grande tendencia de las planchas y hojas de hierro á oxidarse, es causa de que se emplean varios procedimientos para evitarlo. El método más generalmente usado, es el cubirlas con una capa de cualquier sustancia oleaginosa, la pintura y el barniz, oleoso, son materias muy admitidas para el objeto.

Este método se emplea en los casos en que la exposición del color natural no es de necesidad, y en todos aquellos otros en que no hay un deseo de ocultar el material de que la obra está compuesta.

El asfalto y el barniz negro, se emplean bastante en muchas partes: toda superficie protegida con estas materias, es susceptible de poderse dorar y decorar perfectamente á manera de las bandejas y bateas.

El cubirlas sumergiendo en un baño de estaño derretido, es un método muy adoptado, el más común y quizás el mejor, porque protege perfectamente al hierro, y esto está demostrado con el sin número de objetos del ajuar de familia y utensilios de cocina que tanto se usan.

Hay otro procedimiento que se llama galvanizar (término no bien aplicado, porque esta operación no se completa por la corriente galvánica), y este es el que hoy se emplea con más extensión. Consiste en cubrir la superficie del hierro, sumergiendo en un baño de zinc derretido, en la misma forma que se practica con el estaño. Los artículos de hierro fundido ó batido que se exponen á la humedad ó que han de usarse debajo del agua, se preparan por este procedimiento con bastante ventaja. Muchas muestras de esta especie se pueden ver en toda clase de máquinas de lavar, batir, torcer etc., etc.

Además hay la operación de esmaltar. El artículo se moja en un fluido gomoso, y el esmalte reducido á polvo por medio del molido, se extiende sobre la superficie gomosa á la que se adhiere. Hecho esto se la coloca en un bañito y se le entra en el horno, en el que por efecto del calor se funde y se produce una capa uniforme, escelente para toda clase de cafeteras, salsas, etc.

Para cubrir con buenas capas á las planchas ó hojas de hierro, bien sea de estaño, de zinc ó de esmalte, se sumergen en ácido sulfúrico ó muriático el tiempo suficiente para que suelten la grasa y el óxido que contienen, después de esto se lavan bien, y se vuelve á mojar en una solución de muriato de zinc ó estaño, al momento se les adhiere una capa delgada á su superficie, dejando los perfectamente cubiertos.

Por medio del procedimiento electro-galvánico, toda hoja de metal puede ser cubierta con oro, plata ó cobre. Esta operación se practica principalmente para objetos de adorno y ornamentos, y tiene por objeto el ocultar el metal de que está compuesto. El procedimiento es barato cuando no se requiere más que una ligera capa.

En Berlín, se están fabricando por un nuevo procedimiento bellísimas flores artificiales de estaño, que se aplican á decorar fuentes y otros usos semejantes, en los que se requieren condiciones de fuerza y duración. Estas flores son copias exactas de las naturales obtenidas por medio de hojas de estaño. El método empleado es semejante al que se usa para las flores de cera, los moldes naturalmente han de ser de un material fuerte. Se toma la hoja ó pétalo que se desea copiar y se la untó de aceite por un lado, se la coloca con cuidado sobre yodo seco ó arena muy fina, de manera tal, que la parte untada de aceite quede hacia arriba. Al rededor de la hoja se forma un ribazo ó pequeño cerco de yeso, de manera que quede algún espacio entre el ribazo ó cerco y la flor, y dentro de esta cavidad se echa con cuidado yeso y agua, y las ampollitas que levanta se extinguen con una brochita mojada en agua de jabor.

Si las hojas que se van á copiar son gruesas y fuertes, el procedimiento es diferente: en lugar del yeso, se usa la estearina derretida mezclada con sulfato de cal en polvo. Las hojas muy delgadas hay que fortalecerlas pintándolas antes con una brochita mojada en agua enjabonada, y después de dada esta, se las aplica varias mampues de agua de yeso, según sean necesarias á que la hoja adquiere la firmeza deseada: en ciertos casos hay que usar del pelo de alambre para que se sostenga bien, aplicándole con inteligencia. Ya preparadas las hojas en esta forma, bien sea las untas de aceite y destina á sacar moldes, ó sea las usa en esa forma dándole una capa de lapiz plomo, depositando en ellas el cobre por medio de la electricidad. Una vez producida la parte superior, la parte inferior, ó sea la matriz, se hace fácilmente sobre el modelo de la otra. El procedimiento para hacer las flores de estaño es el siguiente: La hoja de lata ó estaño se corta primero en la forma de las hojas ó flores que se van á producir, bien á la mano ó por medio de un troquel, y se presan en la forma requerida, dentro de los moldes que se han producido en vista de los modelos que hemos descrito. Estos moldes han de ser bien de hierro ó de acero. Una vez preparadas todas las piezas necesarias para formar la flor, estas se soldan, se las añade el tallo y las hojas, usando del tacto y buen gusto del arte, á fin de producir un grupo bien concluido.

En Jersey City (Philadelphia) se ha establecido una fábrica de lápices, en la que se hacen todas las operaciones por medio de la maquinaria, sin la menor intervención de labor de mano en todos sus trámites de elaboración. El *Plumbago* y las tiras del cedro en rústica y otras maderas entran en la máquina y salen de ella transformados en lápices perfectamente concluidos, sin más requisito necesario que el de atarlos y empaquetarlos. Los materiales que se emplean son todos americanos.

El *Plumbago* se produce en el Estado de Nueva York (En Ticonderoga) y el cedro en La Florida. Los lápices que se manufacturan son de cinco diferentes grades, y de una calidad tan buena, que hacen la competencia con éxito grande á los ingleses y los alemanes.

**Papel esmerilado.**—Hasta el día se ha venido usando el papel de arena, que se fabrica por medio del papel ordinario, cola y arena. Este artículo se ha organizado en los Estados Unidos de una manera que no deja nada que desear. El papel se hace de los cordelos y cables viejos. La mejor calidad de cola se emplea, y en lugar de arena, se usa el cuarzo pulverizado. Por estos medios el artículo que se obtiene es muy superior, de un grado uniforme, y á un precio tan reducido, que apenas llega á un cuarto el pliego. La demanda se ha hecho en muy corto tiempo tan universal, que las cantidades que se exportan de los Estados Unidos para Europa, el Pacífico y América del Sur, son inmensas. Las resmas fabricadas durante el año pasado han ascendido á unas 300.000, y las exportadas á más de 200.000. El capital empleado en esta fabricación se calcula en más de 20.000.000 de reales. Este artículo se ha hecho casi imprescindible para la fabricación de muchos trabajos de hierro, máquinas de vapor y de coser, para cuyo palmito se necesitan.

## ESTUDIOS PENITENCIARIOS.

EPISODIO HISTÓRICO:—UNO DE TANTOS.

IV.

(Continuación)

Si de los hombres pasamos á las cosas, otra decepción. Tiendas por talleres que no reúnen ni capacidad, ni salubridad, ni ventilación ni nada. Dormitorios sin luz, sin aire, verdaderos pocigós ó almacenes de carne humana, en los cuales se hacían unas personas sobre otras, tocándose un petate con el del lado y con el de enfrente, para meter 50 hombres donde no caben 30, y allí dentro el cansado y allí la permanencia durante el día y la noche y los días de lluvia, y allí meses y meses y años. ¿Es esto humanidad? ¿Es esto digno de la tan llamada *hidalga España*? Sujetemos al criminal y contengamos el desarrollo de su instinto, mantengámosle si se quiere en su ignorancia, abandonémosle en su carrera, pero al menos demosle lo que la naturaleza da á todos los seres de la creación, aire, sol y luz. Una noche recuerdo que quise llevarme una botella de aire de unos de estos dormitorios, cuando solo hacia dos horas que en ellos habían entrado los penados, la entregué á un farmacéutico amigo, explicándole la procedencia, y al darme en guarismo la proporción del oxígeno que aquel aire contenía, me dijo que era imposible que la permanencia de seres humanos en aquella atmosfera pudiera resistirse por breve tiempo, sin alteración grave en las funciones respiratorias.

A falta de todo lo bueno que allí debía existir, veíanse buenas colecciones de espasos, grilletes, cepos, cadenas, argollas, grandes unidades á cadenas para sujetar á los irascibles y varios fajos de palos. Esta era la lógica del mayor y la demostración de la bondad de sus doctrinas. No quiere esto decir que las condenas deban estar en oposición con la idea del legislador al señalar tal pena para cual delito, pero sí que la pena

de sentirse física y moralmente, procurando que el penado sufra privaciones, mas no martirios, castigos, mas no suplicios, y que no se olvide su reforma ó el cambio más completo posible en su conducta. Esto ni es filantrópico hasta la exajeración, ni utópico, sino lo justo, lo que han de reclamar los hombres que quieren comprender lo que debe ser un establecimiento penal.

Mi visita se había prolongado mas de lo ordinario, despedíme de D. Emilio y del mayor, y me fui á casa con la mayor emoción por las impresiones que aquella tarde había recibido.

Mis visitas al penal de que me he ocupado, se repitieron sucesivamente, proporcionándome ocasiones varias para estudiar la viciosa organización actual de los presidios de España, de observar la mezcla en la abigarrada de penados de todas clases en las brigadas, con gran detrimento de la disciplina, y de los mismos rematados, de persuadirme de la injusticia manifiesta de no proceder á la formación de clasificaciones entre aquellos, de conocer la enseñanza práctica y continua del mal que allí tiene pasto y propaganda, y la necesidad de hacer extensible á todo el mundo los tráficós á que se dá lugar, las especulaciones y los agios que no pueden evitarse, la falta de estímulos para la reforma moral, la ineficacia, sino nulidad de elementos que para ello se dispone, la carencia general de dotes en el personal para cargos tan delicados, y el ridículo papel que hemos de representar el día en que Europa nos invite á un congreso científico sobre sistema penitenciario, y ante el cual hemos de adoptar como mejor partido el silencio.

Estas visitas me hicieron conocer al propio tiempo, las cualidades de D. Emilio, y las negativas del mayor, el recelo con que este miraba las medidas de tacto y energía bien combinadas que aquel adoptaba, la bondad de carácter de D. Epifanio, y la facilidad en poder aprovechar las cualidades de Andrés, que como he dicho habíase convertido en un hombre malo, porque nadie cuidó de que dejara de serlo. Había observado la intinidad de otros, cuyos saludables efectos habían irradiado hacia algunos otros penados de la misma brigada de Andrés, y no se me escapó la creciente antipatía de D. Pablo hacia el comandante. Los anónimos que la Dirección general había recibido censurando el proceder de este, no habían producido efecto alguno, por más que sospechándose su origen, ninguna providencia se acordó siquiera por prevision, y la situación fué pronunciándose mas y mas.

D. Emilio, mi amigo, hubo de guardar cama algunos días, y durante este tiempo el mayor permaneció al frente del establecimiento, cuyos departamentos sintieron desde luego los efectos de este mando interino. Desplegóse un lujo en los castigos, retiráronse los petates á gran número de penados por quebrantar la ley del silencio, apuráronse los hierros y los grilletes para castigo de los que en los patios formaban corros y cantaban, y los calabozos de disciplina quedaron llenos al segundo día de la jefatura de D. Pablo. Los capataces hicieron presente varias veces al mayor, la inconveniencia de estos rigores y los cubos de vara expresaron á pesar de su corazón de piedra, que los daba lástima el repetir los vapores por faltas que solo se castigaban con calabozo ó con disminución de la comida ó privación de bajada al patio. D. Pablo quería poner en evidencia su carácter y conseguir que en el presidio reinara el silencio de un convento, sin comprender que esto solo se alcanza mediante ciertas condiciones de las que carecía el local y la persona que accidentalmente lo dirigía.

Era una apacible tarde de primavera; yo

estaba en el pabellón del comandante el segundo día en que había dejado la cama, y con su señora procurábamos distraer su mal humor: las habitaciones del comandante caían á un lado del edificio y tenían tal disposición, que solo una pieza de segundo orden, tenía una ventana que daba al patio.

Sonó el tambor dando la señal de lista y rancho, después del cual debía verificarse la requisa. Aquel día era festivo, y el jefe de la fuerza militar del penal estaba jugando al ajedrez con el hijo mayor del comandante al ajetreo de este.

Formaron los penados en dos alas, una frente la otra, y pasébase el mayor con uno de los capataces, mirando como los rematados se acercaban sucesivamente á recibir de las ollas el rancho que les estaba destinado; apurada la comida volvieron á formar los penados para practicar la requisa, y los cabos de vara iban á empezar esta operación, cuando al mayor se le ocurrió formar pelotones de veinte hombres cada uno, y á medida que fueran registrados á su presencia, marchaban al dormitorio de su brigada. Cuatro pelotones habían sido registrados ya, ocupándose cartas, tabacos y cigarrillos ó seis navajas. El quinto peloton estaba sufriendo la requisa, cuando del que estaba en frente salió un silbido que fué contestado por otros de otros tantos grupos, y el grito *¡a él!* fué la señal de explosión. Arremolináronse los penados al punto en que estaba D. Pablo con el capataz, y la misma confusión de hombres que se arrojaron sobre ellos, permiten que estos se escabulleran algunos pasos, salen á relucir puñales y navajas; echan á correr dos ó tres docenas de penados tras el mayor y el capataz, aumentándose el alboroto y la gritería con las blasfemias y los insultos contra estos, y al propio tiempo que un par de presidiarios atletas desarman de su revólver al capataz y le causan varias heridas, cinco ó seis mas se arrojan sobre el mayor que esto que en mano defendiendo su vida, ciego de coraje y tras mudado su semblante, quíbrase el espadañal al herir á un penado y en el momento en que una mano certera levanta el puñal hacia el mayor, un *ay* lastimero confundese con la energética voz de *fuego* y las detonaciones que suenan desde las ventanas del piso principal.

No llegó á repetirse la descarga, y sin embargo, los penados permanecían inmóviles en el mismo sitio en que estaban, dejando caer las armas homicidas. Desde una ventana había salido una voz de trueno que solo dijo estas palabras:

—Machachos, matadme, pero no me deshonreis.

Era el comandante, que á las detonaciones de la guardia avisada por el capitan y el hijo de aquel, le habían anunciado el conflicto sangriento que tenía lugar en el patio.

Bajo á este la fuerza armada, hizo acompañar al propio sitio el comandante, y allí pudimos ver los resultados de la colisión, y oír las explicaciones de lo que había ocurrido en aquel supremo momento.

D. Epifanio, á quien el mayor había mandado volver al patio, formaba parte del peloton que sufrió la requisa cuando se dió la señal de acometida. Andrés estaba en el otro, del cual partió el grito de agresión, y aquel no desamparó un momento á don Pablo, quien iba á caer cadáver á no haberse puesto súbitamente frente su pecho el generoso D. Epifanio: Andrés que guardaba malas memorias del mayor, estaba en el grupo de los que cercaban á este y querían arrancarle la vida; pero en el momento en que el puñal de un penado iba á clavarse en el pecho noble de D. Epifanio, queriendo cubrir el del mayor, Andrés asestó una senda puñalada al penado que atacaba tan rídicamente al imprudente D. Pablo.

PEDRO ARMENOL Y CORNET.

## XXXIV.

### LAS TRES RIVALES.

Al aparecer en casa de Octavio Clery, la Gorgozza habíase conmovido al ver el cuadro que se presentó á sus ojos.

Había adivinado inmediatamente el carino que Octavio empezaba á sentir por su cuñada, y los proyectos ambiciosos de esta.

Carlota, á su vez, comprendió en el semblante de la cantatriz que la sobrevenia una enemiga. Pero acostumbrada á luchar y de naturaleza atrevida, se preparó enseguida al combate.

El poder de estas dos mujeres era igual. —Os pido perdón, dijo con ligero acento de ironía, por venir así á turbar vuestras tiernas expansiones. Soy indiscreta, lo conozco; pero no he encontrado á nadie en la antecámara para hacerme anunciar y esta puerta estaba abierta.

—Nunca sois indiscreta, mi apreciable Gorgozza, la respondió Octavio. No tenemos que ocultar, Carlota y yo, la afección que nos guía. Confío en que pronto conocerá todo el mundo su desinterés y mi amor.

—Octavio! suplicó Carlota.

A esta brusca declaración la Gorgozza se puso pálida.

Amaba á Octavio con pasión, con delirio, el lector lo recuerda, le amaba hasta el crimen. No había tratado de envenenar á Elisa, y luego de precipitarla en el abismo de la depravación por deshacerse de una rival?

115

que traen la locura, pueden, por un choque violento, volver la razón.

Así le sucedió á la pobre obrerita.

Elisa, violentamente chocado en su imaginación que la representaba siempre el crimen de Enghien, fué de súbito vuelta á la realidad por el mismo espectáculo que el que en un principio trastornara su mente.

Se acuerda entonces y exclama:

—El asesino! designando á Jorge Bora con terrible energía, ese es el asesino.

No contaremos las diversas peripecias que siguieron á esta escena.

Jorge Bora compareció delante del juzgado con la doble acusación de complicidad de asesinato en la persona de Pablo Clery y de tentativa de asesinato en la de Octavio.

Los otros puntos de la acusación, que primeramente habían causado su arresto, no se recordaron mas que para hacer conocer al Jurado la maldad del reo.

El veredicto fué terrible; condenáronle á pena capital.

El falso lord Wigmore salió con cinco meses de prision.

Madame Palmyre fué condenada á dos años de reclusión.

En cuanto á Bob y Sorbier, que habían detenido sucesivamente: sufrieron penas relativamente ligeras.

Por último, el duque de Kermaria, que en un principio tuvo que responder á una acusación ca-

pital, tuvo la suerte de ser puesto en libertad, si bien sufriendo una amonestación por el rapto de Elisa.

El juzgado y Jurado pensaron que el desgraciado, después de haber sufrido una prevención de cerca de ocho meses, después de haber experimentado todas las agonías de una persona acusada injustamente de asesinato, había expiado bastante lo que no era quizás mas que una falta.

Elisa, vuelta á la razón y á la libertad, volvió á su domicilio del pasaje de la Industria, encontrando allí á Andrés y Enriqueta, contentos con su suerte, dichosos con su amor y felices al volver á ver á su amiga después de tantos infortunios.

Ay! Juan Vernier no estaba allí.

No se atrevieron á hablar de él.

Elisa había llamado padre al antiguo presidiario; éste había sido siempre tan bueno, que ella no podía acusarle.

Y luego, su corazón había adivinado la delicadeza del suicida; pues estaba persuadida de que Vernier era su padre, y que no había renunciado á su paternidad sino para no proyectar sobre ella la infamia de su nombre.

Cómo explicar de otro modo el carino de Juan! Elisa, por lo demás, se acordaba de su madre.

Una pobre joven había tenido piedad y afecto al fugitivo, al bandido, y ella era el fruto de este amor.

—Con qué ahora estás rica, dijo Enriqueta abrazando á su amiga.

—Rica, pero, puede aceptar esa fortuna!

—Es vuestro deber, dijo Andrés. Es preciso cumplir la última voluntad de un muerto. Quisierais, además, dejar esos bienes inmensos en manos del que fué la causa de todas las desgracias de aquel á quien nosotros hemos llamado padre!

—Teneis razon, Andrés, por lo demás vos conocéis en todos sus detalles el testamento de Juan. Sabéis que me impone la obligación de consagrar una parte de su fortuna á dotar corazonas honradas; Andrés, Enriqueta, lo dividiremos.

—No, no, dijo Andrés.

—No somos nosotros hermano y hermanas? dijo Elisa.

—Y luego que todo lo hemos tenido comun, dijo Enriqueta; qué dichosos vamos á ser!

Y brincó de alegría, pegándose en la frente.

Elisa bajó tristemente la cabeza.

Pensó en Octavio Clery, al cual ya no vería jamás probablemente.

—Perdon! Perdon! exclamó Enriqueta saltando al cuello de su amiga.

Después la dijo algunas palabras al oído que hicieron sonreír á Elisa, y que llevaron una sonrisa á sus labios y un relampago de felicidad á sus ojos.







CIRCO DE PRICE.—A las 9.—Ejercicios ecuestres y gimnásticos.

IMPRESA A CARGO DE JUAN INI



